

ALAS

seres alados, máquinas voladoras y ejércitos aéreos

JOSE LUIS MARTORELL GUIASOLA
General de Aviación

*"La verdad de los hechos que se refieren,
va sobre la fé de los autores que los escribieron....."*
(Macabeos II, 29)

EN los primeros capítulos de cualquiera de los libros que narran la epopeya de la conquista del Aire por el hombre no falta la mención de aquellos precursores de los que se poseen datos, más ó menos fidedignos, que con

ingenio y audacia en proporciones variables, acoplándose simples alas o encaramándose a complicados artilugios supuestamente voladores, intentaron escalar los cielos. Es frecuente también, que el historiador, invadiendo el campo de la leyenda, cite a los que se podrían considerar precursores de ma-



yor antigüedad; los que han dejado constancia de sus hazañas en los mitos, que perdurando en la memoria colectiva, confirman la tesis universalmente compartida de que el hombre fué acuciado por el deseo ardiente de volar tan pronto como observó al primer pájaro evolucionar allá en lo alto, echó su atribulada mirada atrás y vió las alas del ángel a las puertas del ya irremediablemente perdido Paraíso Terrenal.

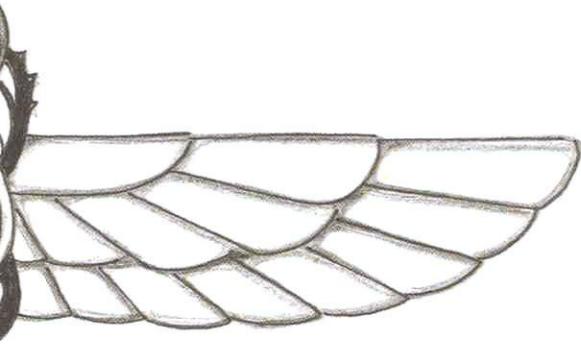
De los precursores reales pocos fueron los que consiguieron ver realizado su sueño, por lo menos antes de la fecha tan próxima en la Historia como el 17 de Diciembre de 1903 en la que los hermanos Wright sobrevolaron, casi rozándolas, las arenas de Kittu Hawk durante doce segundos. Los más de los que lo intentaron antes que ellos, vieron hechos trizas su máquina y su amor propio, cuando no perdieron la vida, como les sucedió a los precusores legendarios.

Icaro y su fallido vuelo es lo que antes acude a la memoria, no por ser el primero, sino porque de todas las mitologías, la griega, la que llamamos clásica, es la que está más incrustada en nuestra sociedad.

Curiosamente la figura del aeronauta fracasado es más recordada entre los aviadores que la de Dédalo, su padre, que al fin y al cabo culminó con éxito su empresa. Certámenes aéreos, trofeos, revistas etc, llevan su nombre y su iconografía inunda el ámbito aeronáutico. ¿Por qué?

Se ha dicho que "Icaro voló con más audacia de la que le permitía su máquina". Este es el corolario que se desprende cuando se interpreta el mito a la luz de una concepción racionalista. Se da por supuesto siempre, que la leyenda tuvo su origen en un hecho real, posteriormente magnificado y adornado por la fantasía de los poetas griegos y latinos que sobre él trataron. En este caso aceptando que "Dédalo fué un artífice ingenioso que si no con las alas, de otra forma técnica y poco conocida en su época procuró salir de su encierro" (Se dice, en algunas versiones que no inventó las alas, sino la aplicación de las velas a los navios) (1). También se ha querido ver en el trágico desenlace

(1) Esta especie le ha propalado, sin duda, la competencia. ¿Será por eso por lo que algunas embarcaciones han llevado y llevan el nombre de Dédalo?



de la aventura el símbolo del fin que merece todo orgullo tecnológico.

Pero "los mitos no se inventan, se heredan" y conservan siempre una lección de ejemplaridad. El héroe volador que fracasa en su intento, sea éste un hombre, un semidios y aún un dios menor lo encontramos en todas las culturas históricamente conocidas, es decir en aquellas que supieron plasmar en tablillas de barro, papiros y pergaminos ó en la piedra de sus templos y monumentos la expresión gráfica de ideas y creencias que ya existían antes en las sociedades prehistóricas y que transmitidas oralmente de generación en generación fueron más tarde elaboradas por escritores, pintores y escultores.

El fracaso de Icaro no fué debido ni a un "error de pilotaje" ni a la "fatiga de material" ni siquiera a "indisciplina de vuelo" como cree ver una mente actual. ICARO COMETIO UN PECADO. Y como todos los pecados fué, en último termino, de lesa divinidad. El hijo de Dédalo, quien sabe si embriagado por la alegría de haber escapado del laberinto, o por la exaltación que experimenta todo aquel que vuela por primera vez, intentó profanar la residencia de los dioses: el Cielo. Mientras voló a prudente altura sobre el mar, la suficiente para no mojar sus alas (siguiendo el consejo y ejemplo de su padre) los dioses desde lo alto lo comtemplaron con indiferencia, pero cuando quiso igualarse a ellos ó al menos gozar de su compañía, lo castigaron. El más visible y radiante de todos ellos, el Sol, fué el ejecutor de una sentencia de las que ya existía jurisprudencia desde muchos siglos atrás, quizás milenios.

Los dioses sea cual fuere la religión que los sustenta y adora, ó la época en la que hayan ocupado las moradas celestiales, nunca han permitido que, sin su consentimiento, los seres inferiores lleguen hasta ellos y cuando el profanador de su retiro así lo ha intentado no ha tardado en sufrir su castigo, no importa el medio del que se ha valido el intruso. Artes mágicas, carro volador, artilugio mecánico, ó animal legendario, tarde ó temprano, más temprano que tarde, lo despeñan al abismo. Los "casos constatados" por generaciones sucesivas de sacerdotes y poetas son numerosos pero recordaremos tan solo unos pocos, procurando que quepan en el reducido espacio que ofrece esta re-

vista y sobre todo que no rebasen los límites de la paciencia del posible lector.

Etana, héroe legendario caldeo-babilónico se remontó sobre un águila, en busca de una hierba que ayudase a dar a luz a su mujer. Pensaba encontrarla en los jardines celestiales de la diosa Istar. Pero tanto él como el águila se marearon y cayeron al mar. ¿Hipoxia ó vértigo de altura?. No, castigo decretado por la diosa.

Belerofonte intenta escalar el Olimpo cabalgando a Pegaso, el caballo alado, pero un tábano picó en la grupa a la montura que, encabritándose, desmontó al jinete, haciendole caer al rio Po donde halló la muerte, según unos, aunque otros aseguran que quedó ciego y mutilado y que vivió ocultándose a la vista de los dioses y de los hombres. Sin embargo a Belerofonte, le había sido antes permitido surcar los aires a lomos de Pegaso, por cierto, regalo de la diosa Atenea. Luchó contra los turbulentos solimanos y sus aliadas las amazonas a quienes venció "elevándose sobre la llanura de Janto y fuera del alcance de sus flechas, dejaba caer grandes piedras sobre sus cabezas". De la misma forma atacó a los piratas de Quimarroo mientras navegaban.(2)

Y es que, en ocasiones, los inmorta-

les consienten en primera instancia, como diría un comentarista de futbol televisado, pero siempre terminan mostrando la tarjeta roja, con la consiguiente expulsión del infractor.

Faetón era hijo de Helios, el mismo Sol que castigó a Icaro. Helios tenía por misión recorrer a diario el firmamento en su carro de fuego tirado por cuatro caballos. A Faetón como a cualquier hijo de papá, se le antojó conducir el deslumbrante carro de su progenitor y ante la negativa de éste, tanto porfió que obtuvo permiso, no sin escuchar antes paternales consejos. Pero cuando emprendió la carrera, fué incapaz de dominar a los "fogosos" corceles, que tan pronto se elevaban a grandes alturas y dejaban helada a la humanidad como bajaban tan cerca de la tierra (¿vuelo rasante?) que quedaban abrasados los campos y mieses. Entonces Zeus, "el padre de los dioses y de los hombres", "el que goza con el rayo", no pudiendo tolerar tal desorden cósmico, envió uno de sus rayos sobre el carro que arrastró al aúriga al fondo del mar.(3)

Prometeo subió secretamente al cielo con el permiso y la ayuda de Atenea, con la intención de robar el fuego que desprendía el carro que ya conocemos, para entregárselo a los hombres. Así lo

(2) ¡Que tentación, para el aviador, la de asociar esta parte del relato con conceptos como "Bombardeo de alta cota" y "acción sobre el mar"!

(3) En este mito, como en el de Icaro, se ejemplariza el castigo de quien desoye los consejos paternales.



hizo, pero parece ser que también consiguió encender la cólera de Zeus, quien ordenó que encadenaran a una roca a Prometeo, donde acudía un buitre voraz que le desgarraba el hígado por el día, víscera que al crecer de nuevo cada noche, hacía que el suplicio fuera eterno.

Ya estamos advertidos que lo que no toleran los dioses es el intrusismo, porque hay veces en que a los mortales se les concede el privilegio de alcanzar las sagradas estancias, pero siempre con el consentimiento del dios de turno. El

mismo Zeus que puso un fin tan trágico al hijo de otro dios, no dudó en enviar un águila (otros dicen que era él mismo cubierto de plumas) para que raptara al hermoso Gamínedes y lo transportara al cielo para darle el cargo de copero mayor de los dioses. Se rumorea que además de compartir la mesa con Zeus, compartía cama pues es "vox pópuli" que el Olímpico era un tanto querendón.

También al escita Abaris se le prometió surcar los cielos. Lo hizo en una flecha de oro, regalo de Apolo (otra personificación del Sol) y con ella dió la vuelta al mundo, sin probar bocado. Esto último quiere explicar que la flecha era muy veloz, no que Abaris fuera un asceta, ya que sabemos por Herodoto que intentó raptar a Andrómeda el mismo día de su boda con Perseo.

A otro que se le permitió volar, esta vez para salvarle la vida, fué a Acalio, sobrino de Dédalo, quien le arrojó desde un torreón, envidioso de sus dotes de inventor. Atenea lo transformó en perdiz antes de llegar al suelo, permitiéndole escapar volando. Si se tiene en cuenta que a Atenea se la consideraba diosa de la Sabiduría y patrona de las Artes y los Oficios y que Acalio era un ingenioso inventor, este mito bien pudiera querer decirnos en forma encubierta que éste se salvó gracias a su ingenio por medio de una alas no necesariamente naturales.

En todo lo anterior, excepto Dédalo y su hijo, que se adornaron unas alas artificiales, ninguno de los actores de las leyendas se había servido de este medio para alcanzar los cielos, más bien de carros ó criaturas voladoras.

El carro que no pudo guiar Faetón, era tirado por cuatro caballos que recorrían el firmamento de este á oeste y que una vez desenganchados pacían durante la noche en las Islas de los Bienaventurados.

Los dioses a pesar de disfrutar del don de la omnipresencia, gustaban a veces de pasear por sus dominios en vehículos voladores ó como Apolo hizo con Abaris y Zeus con Gamínedes proporcionaban los medios para que otros disfrutaran del paseo.

En el Edda de Soenunder, la colección de cantos sobre las mitologías nórdicas y germánica, se lee que "habiendo creado el Señor a Dang y a Nott (el día y la noche) les dió un carro y dos caballos para recorrer alternativamente la Tierra. Otra mitología, en este caso la griega, nos cuenta que la Aurora aparece brevemente, entre la noche y el día, en un brillante carro de plata. Hasta el momento no se han presentado reclamaciones sobre incidentes de tráfico aéreo.

Zeus se sube de cuando en cuando en un vehículo parecido tirado también por caballos alados.

Sin embargo al dios supremo de Egip-

to, Ra, personificación otra vez del Sol, no se le concede para su viaje cotidiano alrededor de la Tierra, ningún artilugio volador, sino una suntuosa barca solar, sin duda por que la mentalidad de los antiguos egipcios estaba fuertemente influida por el tráfico fluvial de un Nilo (a su vez deificado) que tanto significaba para la supervivencia del país.

Mucho más modestamente y en tiempos recientes hay quien ha visto a brujas y trasgos transitar la noche del sábado y acudir a los aquelarres montadas en sus escobas ó sobre machos cabríos. Y no vale sonreír, que haberlas haylas.

A los señores de las alturas, a los dioses superiores ó principiantes, la imaginación de los pintores, escultores y poetas no los ha visto como seres alados. Ellos no necesitan volar, aparecen y desaparecen cuando les place, sin más ayuda que su voluntad y sin embargo alguna vez se les ha querido traducir en imagen gráfica ó literaria la esencia y atributos de la divinidad, expresando con las alas las ideas de espiritualidad, dignidad y protección. De estas tres formas encontramos el simbolismo en la Biblia.

Como protección del Creador a sus criaturas lo dice claramente el Salmo 16. 9. "Tú me protegerás a la sombra de tus alas". Aquí se pide la protección divina concebida como la que otorga el ave a sus polluelos. Y en el Salmo 60. 5. "...habitaré para siempre en tu Tabernáculo; me acogeré bajo la sombra de tus alas". También está escrito en Rut 2. 12. "...y recibas un cumplido galardón del Señor Dios de Israel, a quien has recurrido y debajo de cuyas alas te has amparado".

A la representación antropomórfica de los dioses egipcios no se le añadían alas ni aún en aquellos casos en que la figura de hombre ó mujer aparecía rematada por una cabeza de ave. Cuando se les dotaba de estos miembros, como se hacía con el disco solar ó el escarabajo sagrado, que se situaban en el centro de una grandes alas extendidas, era para que al pintarse ó esculpirse sobre el dintel de una puerta, proyectarían su benéfica influencia en forma de protección a todos los que permanecían en la estancia.

Los toros alados con cabeza humana que en Babilonia se erguían a ambos lados de las puertas, eran genios benéficos, que impedían la entrada tanto a los enemigos como a los espíritus malignos. Pero aquellos pesados toros, como centinelas estáticos, no necesitaban esas alas para desplazarse. Estas eran un símbolo de la dignidad de los seres que las portaban, símbolo reforzado, a veces, con los cuernos que coronaban sus cascos, que no eran armas sino expresión de grandeza y poderío.

Josefo en sus "Antigüedades judías" nos habla de los querubines de oro que



a ambos lados del Arca de la Alianza, estaban en el Santasantorium del primer Templo de Jerusalen. Medía cada uno diez codos de altura, tenían la cabeza de un ser humano, cuerpo de animal y alas de ave. Estas alas estaban extendidas para dar protección al Arca de la Alianza.

Volviendo a la Biblia, encontramos otra simbología de las alas; la dignidad y el poder. En Isaías 7. 2. nos dice el profeta: "Alrededor del solio estaban los serafines; cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro y con dos cubrían sus pies y con dos volaban".

En las esculturas antiguas orientales se les daba este papel a las alas. Según Sanchoniaton el fenicio "cuando Tot hizo el retrato de Saturno y de Dagon, dió al primero cuatro alas mientras

que el cine ha divulgado los grandes penachos de plumas que cayendo en forma de alas a los costados de la imperturbable figura del gran jefe dan testimonio de su rango entre los suyos.

Abriendo por tercera vez el Libro Sagrado podemos escuchar al salmista "¡Oh, quien me diera alas como a la paloma para echar a volar y hallar reposo!". Aquí se toman las alas como expresión de la condición espiritual de quien las lleva, ó las desea, ó bien como elevación de ese mismo espíritu de la tierra al Cielo.

En un Brahamana hindú se dice "El que comprende tiene alas" y en este ciclo mitológico se asegura que el arquitecto celestial Vishvakarma con ayuda de sus brazos "guarnecidos de plumas" realiza la obra de la creación y también que "La inteligencia es la más rápida de las aves".

Entre griegos y romanos a la Imaginación se la representa como una doncella con alas en las sienes, confirmando que lo primero que el hombre echó a volar fueron la imaginación y la fantasía. Así mismo la victoria y la Gloria se esculpián con grandes alas desplegadas, lo que, por cierto, sirvió de modelo a posteriores artistas para la imaginería angélica.

La parte del cuerpo en la que nacen las alas tiene su significación. Si entendemos el mensaje que nos transmiten cuando surgen de las sienes, cuando aparecen en los pies, las llamadas "alas talaras", debemos interpretarlas como alegoría de la prontitud y diligencia con que los mensajes de los dioses deben cumplir su cometido. En los comienzos del arte cristiano así se representaba a los ángeles (de latín

angelus, mensajero). Por ese Zeus entregó a Hermes, el Mercurio de los romanos, un báculo de heraldo y unas sandalias con alas "que le llevarían de un lado al otro con la rapidez del viento". Previsoriamente y como se suponía que la misión del heraldo era una "misión todo tiempo" en el lote iba incluido un sombrero de oro "para resguardo de la lluvia". Un poco pesado para volar, pero indudablemente, inoxidable.

Pero a genios, ángeles y otros seres alados no solo se les encomiendan tareas mensajeras. Al igual que milenios después, las expectativas de los hermanos "Wright, se vieron dramáticamente rebasadas cuando ofrecían su máquina voladora a varios gobiernos para "la ex-

ploración y el transporte de mensajes en tiempo de guerra" los espíritus del aire amplían sus cometidos y forman en las filas de los ejércitos combatientes, en la eterna lucha entre la Luz y las Tinieblas, entre el bien y el mal.

En la guerra que le hizo Senaquerib el asirio, a Ezequías el rey de Judá, se nos dice en Reyes que para salvar la ciudad santa, Yhaveh envió a uno de sus ángeles que con la espada mató a 185.000 asirios.

En tal ocasión bastó para lograr la victoria un solo ángel del Señor, quizás

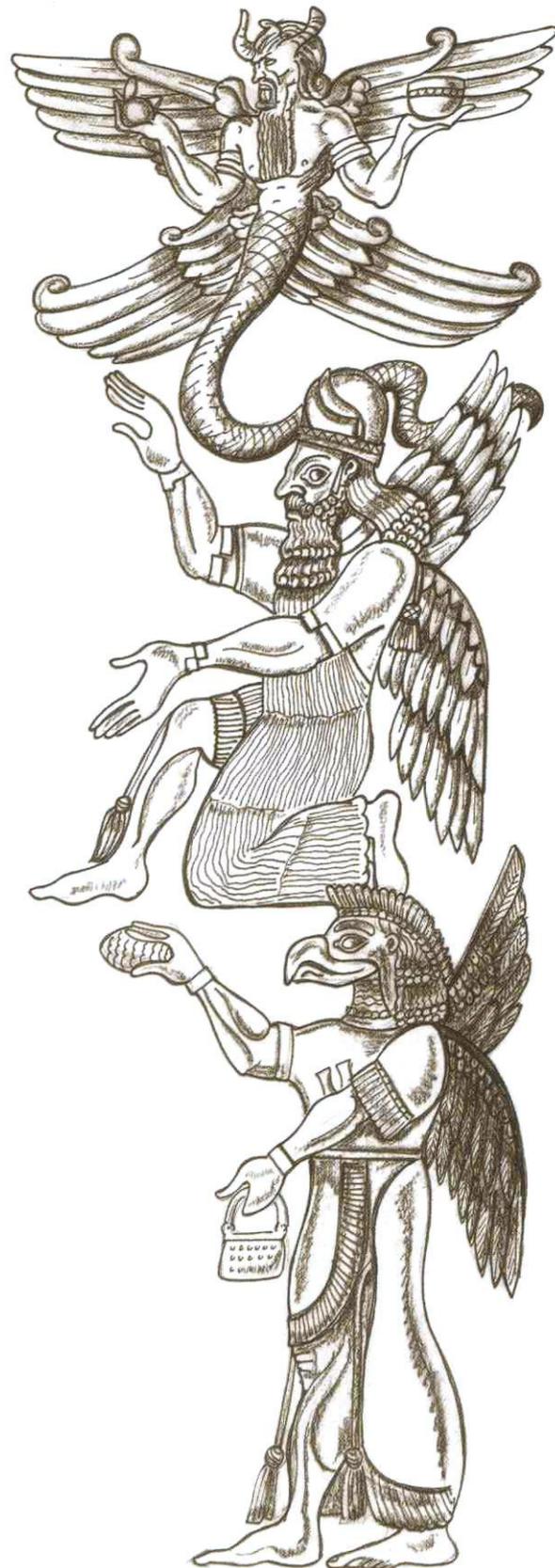
LAS LEGIONES DE SATAN

REGINALD Scott, al que se debe una obra fundamental para la historia de las ciencias ocultas, "The discoverie of Witchcraft", en 1584, trazó la lista de revista de las fuerzas infernales. según Scott los ángeles rebeldes están organizados en legiones de 6.666 individuos cada una, haciendo un total de 14.198.580 sin contar los comandantes, cuyos nombres se dan a continuación, con expresión de las legiones que manda cada uno de ellos.

Amagares	31	Forneus	29
Marbas	36	Ronone	19
Amon	40	Berith	26
Barbatos	30	Astaroth	40
Buer	50	Foras	29
Gusoin	40	Furfur	26
Botis	60	Marchosias	30
Bathin	30	Malphas	40
Pursor	22	Vepar	29
Eligor	60	Salmac	50
Leraie	30	Sidonay	72
Valefar	10	Gaap	36
Morax	36	Shax	30
Ipos	36	Procel	48
Naberius	19	Furcas	20
Glaiv	36	Mumur	30
Zepar	26	Raum	30
Bileth	35	Halphas	26
Sitri	60	Focolor	3
Paimon	20	Vine	ninguna
Bellial	ninguna	Orobas	20
Bifrons	26	Vapula	36
Gamingin	30	Cimeries	20
Zagan	33	Amy	36
Orias	30	Fiamuros	20
Valac	30	Balam	40
Gomory	26	Allocer	36
Carabia	30	Vuall	37
Amduscias	30	Saleos	ninguna
Ose	ninguna	Haagenti	33
Ayun	26	Phoenik	20
Bune	30	Stolas	26

que a éste solo dos. A la efigie de Cronos le puso otras dos en la cabeza, para indicar su rango supremo".

La terrorífica imagen de Odin, la más alta divinidad guerrera del mito nórdico, Jefe del Wallhala, el paraíso de los héroes muertos en combate, aparece cabalgando por los brumosos celos de Escandinavia, con su eterna escolta de dos lobos y dos cuervos. Ni el caballo ni los lobos son alados pero el dios se protege con un casco, del que surgen rayos, que se adorna con un par de gigantescas alas. No es de extrañar que los jefes de las tribus del Norte europeo, lleven en sus cascos este distintivo de autoridad y sin duda tiene el mismo significado en el Norte americano del



porque el enemigo era humano, pero los ejércitos celestiales, en previsión de adversarios más poderosos, son nutridos. Según el Seudo Aeropaguita cabalista, los efectivos de esta armada del aire consta de 365.000 ángeles mandados por Kokhabiel; los talmudistas elevan esta cifra hasta 301.655.172. Como comandante de la cohorte celestial, en el libro de Daniel se menciona a Miguel, siempre en defensa del pueblo de Israel.

En el campo de enfrente (¿ó mejor sería decir en el de abajo?), tampoco las huestes de Lucifer se quedan cortas en número; quien sienta curiosidad por conocer sus unidades, jefes y efectivos, puede consultar el cuadro adjunto. La batalla entre estos ejércitos está narrada por Milton en su obra "El paraíso Perdido", cuando el gesto de orgullo del bellissimo y rebelde Lucifer hizo necesario arrojarlo a los abismos.

No parece existir una relación tan completa del ejército del bien; la Biblia solo menciona a tres: Gabriel, Miguel y Rafael. En el libro apócrifo de Henoch se cita a Raguel, Saraquel, Zutel, Rufael y Fannuel.

Si se ha visto como para defender Jerusalem intervino anónimamente un ángel, también anónimamente hicieron sentir su presencia estos combatientes en contiendas entre cristianos é infieles. Gonzalo de Berceo en su Vida de San Millán, refiriéndose a la victoria obtenida por Fernán González en la batalla de Simancas, versifica:

***Mientras en esta dubda sedien las
buenas yentes
abuso contral cielo fueron parando
mientes
vieron dues personas, fermosas y
lucientes
mucho eram mas blancas que las
nieves relucientes
vinien en dos caballos plus blancos
que cristal...
avien caras angelicas, celestial figura
descendian por el aer a una gran
presura
catando a los moros con torva catadura
espada sobre mano, un signo de
pavura***



Es posible que estos jinetes fueran los mismos que ayudaron a los judíos en la batalla contra Timoteo. "Mientras se estaba en lo más recio de la pelea, vieron los enemigos descender cinco varones montados en caballos enjaezados con frenos de oro que servían de capitanes a los judíos; dos de dichos varones, tomando en medio al Macabeo, lo cubrían con sus armas, guardándole de recibir daño y lanzaban dardos y rayos contra los enemigos, quienes envueltos en oscuridad y confusión, y llenos de espanto, iban cayendo por tierra". (Macabeos II. 29, 30).

Los paganos tenían también quien les ayudase en sus lides. Las Walkirias eran vírgenes guerreras que acompañaban a los héroes y elegían en combate a los que debían morir gloriosamente, no sin recorrer el campo de batalla hiriendo é inutilizando a los enemigos durante la lucha. Concluida ésta conducían a los muertos, sobre sus caballos alados al Walhalla donde repartían besos resucitadores, sirviendo a los héroes hidromiel y carne de oso.

Si este trabajo que publica "Aeroplano", considerándolo benevolamente como protohistoria aeronáutica, ha comenzado con el sempiterno mito del Dédalo griego parece oportuno terminarlo con la versión moderna del mismo mito. Moderna, en comparación con el clásico, pues su resurrección ocurrió en Plasencia de Extremadura durante el reinado de Felipe III.

D. Julio Caro Baroja, estudia en su libro "El señor inquisidor y otras vidas por oficio" la obra de A. Ponz, quien a su vez recoge el relato del padre J.L. de la Cerda en el que se narra un suceso que ocurrió en Plasencia en fecha algo indeterminada. El padre de la Cerda cuenta que existía una tradición, constante en la ciudad, de la que queda dos versiones, aunque aquí se reproduce una sola, no sin hacer constar que el protagonista del "hecho" no se le da otro nombre que "avechucho".

"Dicen unos (y son los del populacho) que, lleno de vanidad el artífice de la sillería (de la catedral) prorrumpió en la blasfemia de que Dios no podría ni sabría hacerla mejor; que habiéndole puesto preso por tal disparate en una de las torres de la fortaleza, aguzó el ingenio hasta encontrar el modo de salir volando, como lo ejecutó en mitad del día. Pasmados todos cuantos lo vieron, le conjuraron, y cayó, haciéndose pedazos en la dehesa de los Caballos, no habiendo permitido Dios que tal blasfemo quedase sin castigo." ■

